

Capítulo segundo

Un proyecto en gestación

He tratado de presentar en el capítulo anterior la realidad de una inspiración divina y el alcance que tuvo la etapa de Zaragoza en la vida del P. Chaminade. Hay que seguir rastreando ahora cómo fue gestándose el proyecto misionero del P. Chaminade. Consideraré, en primer lugar, el bagaje espiritual que llevaba al ir al destierro. Un proyecto brota ante todo de lo que uno ha estado rumiando.

Pero en Zaragoza, el P. Chaminade no estuvo solo ni aislado. Estuvo en contacto con otros sacerdotes y con obispos franceses, emigrados o exiliados como él en España. Entre ellos surgieron diversos proyectos misioneros. Todo esto influyó indudablemente en la evolución personal del P. Chaminade. Trataré, en segundo lugar, de algunos aspectos de estos proyectos.

Teniendo en cuenta lo que empezó a realizar inmediatamente después de su vuelta a Francia y a la luz de algunas confidencias epistolares del mismo P. Chaminade, intentaré vislumbrar, en tercer lugar, el esbozo del planteamiento pastoral, que en aquel momento había ya germinado con arraigo en su mente y en su corazón.

Este capítulo constará, pues, de las siguientes secciones:

1. Bagaje espiritual del P. Chaminade al ir a Zaragoza.
2. Proyectos misioneros entre los obispos y sacerdotes franceses emigrados.
3. Esbozo del proyecto misionero del P. Chaminade.

1. *Bagaje espiritual del Padre Chaminade al ir a Zaragoza*

Siempre será difícil sintetizar lo que una persona lleva en su interior en un momento de su itinerario espiritual. Intentaré descubrir lo que vivía el P. Chaminade en el momento de ir a Zaragoza, exponiéndolo en los siguientes apartados:

- 1.1. Una fe personal e intrépida.
- 1.2. Un amor entrañable a María.
- 1.3. Una cierta experiencia misionera.
- 1.4. Un constante interés por la vida religiosa.

1.1. *Una fe personal e intrépida*

Cuentan los biógrafos del P. Chaminade que aprendió a rezar el Credo cuando estaba todavía en brazos de su madre. Después, a lo largo de toda su vida, lo rezó siempre con gran convicción e hizo de él su oración preferida ¹.

Parece ser que su hermano mayor, Juan Bautista, el que le inició en la vida espiritual, era un excelente maestro de oración. Lo cierto es que Guillermo José empezó a meditar desde muy joven y que oró siempre con devoción y con una fidelidad sin fisuras. Benoit Meyer, que conoció personalmente al P. Chaminade, cuenta, entre sus recuerdos, que había oído a monseñor Antoine Jacques de Chamon que decía a la comunidad marianista de Courtefontaine:

«Siendo Vicario General, me enteré de que vuestro Fundador, en su patria, se distinguía ya por su piedad. Cuando tenía todavía doce años, se le encontraba horas enteras, inmóvil como una estatua, de rodillas delante del altar del Santísimo Sacramento» ².

La oración le modelaba en la fe. En ella asimiló la fe personalmente, la hizo suya, hasta convertirla en principio y motor

de su propia vida. No disponemos de ninguna prueba directa de este íntimo itinerario espiritual. Pero algo de esto se transparenta en los consejos que da en esta época a su dirigida María Teresa Carlota de Lamourous. Precisamente del tiempo anterior a Zaragoza son dos de las cartas, en que insiste sobre la meditación de fe. Es verdad que se dirige a una persona determinada, Lamourous, que está en una situación muy concreta de vida interior intensa, aunque afectada de una crisis aguda de escrúpulo y de depresión, debida sobre todo a su sensible imaginación. Sin embargo, a través del consejo práctico, se puede vislumbrar la experiencia del propio guía espiritual. Citaré algún párrafo de estas cartas. En la primera de ellas, fechada en Burdeos el 27 de mayo de 1796, escribe:

«Añadirá usted todos los días a la oración de la mañana y de la noche una meditación, al menos de un amplio cuarto de hora al principio; la empezará adorando a Dios interiormente y diciéndose a sí misma: no siendo más que polvo y ceniza, me presentaré ante Dios. Recitará luego despacio el Símbolo de los Apóstoles (si está sola, se prosternará en tierra para hacer el acto de adoración; luego, poniéndose de rodillas, dirá el Credo con los brazos extendidos). Una vez terminadas estas preparaciones, se mantendrá en presencia de Dios en el más profundo recogimiento. La disposición que debe tener su alma en ese recogimiento es la de un sencillo sentimiento, o de fe, o de esperanza, o de caridad, o de resignación a la voluntad de Dios. Termine su meditación pidiendo a Dios que le conceda la gracia de mantenerse todo el día en el recogimiento y de no actuar más que por motivos de fe»³.

La intención del P. Chaminade se ve bastante bien: formar en la fe por medio de la meditación sobre el Credo, para obtener como fruto el no actuar más que *por motivos de fe*. Éste debió ser su propio camino espiritual.

En la carta siguiente, con fecha de 15 de septiembre de 1797, es decir, pocos días antes de partir para el destierro, el Padre Chaminade escribe:

«Le he dicho a menudo, hija mía, que encontraría todo en la fe; le he aconsejado incluso una especie de meditación de fe, y estoy

convencido de que es un medio excelente para mantenerse y avanzar en la virtud, y al mismo tiempo para llevar un poco de alivio a su interior; la protegerá contra los consejos demasiado relajados o demasiado severos que pudieran darle los hombres que la quisieran conducir más bien con una prudencia natural que por dirección del Espíritu de Dios. Abandone toda idea, razonamiento o sentimiento que le sugiera su imaginación, para comportarse con esa santa sencillez que le he recomendado siempre»⁴.

Se sigue viendo el mismo principio en el P. Chaminade: no se debe dejar guiar por la imaginación o por consejos de una prudencia natural. La única guía de su vida debe ser la fe. Esta insistencia indica que el P. Chaminade estaba viviendo lo que aconsejaba. Por la meditación, la fe era el verdadero principio que estructuraba y motivaba su vida.

Y todo ello ocurría en un momento histórico fuertemente turbulento, que el P. Chaminade evocaba así, al principio de esta misma carta:

«No morimos, se dice, mi querida hija, más que una sola vez. Es verdad. Pero ¡cuántas lecciones recibimos de la Providencia para anunciárnoslo y para prepararnos a ello! Y cada una de esas lecciones es una especie de muerte. ¿Qué debe hacer un alma fiel en el caos de acontecimientos que parecen tragársela? Mantenerse imperturbablemente por una fe, que, haciéndonos adorar los designios eternos de Dios, nos asegura que todo sucede para bien de los que aman a Dios»⁵.

A través de todas estas frases se clarea la propia experiencia del P. Chaminade en esos momentos. Eran tiempos muy revueltos. Veía, en su ministerio clandestino, morir guillotinas a personas muy queridas y palpaba el derrumbamiento de muchas estructuras eclesiales y la descristianización creciente de grandes masas. La fidelidad heroica de los que morían por su fe le hacía vivir la era de los mártires. El espectáculo triste de tanto abandono de la fe y la paganización galopante de la vida le hacía evocar el tiempo de los apóstoles, cuando iniciaban la predicación del evangelio. Precisamente, cuando se empezaba a

desatar la Revolución y en el momento en que se estaba ya exigiendo a los sacerdotes el juramento de fidelidad a la Constitución civil del clero, el P. Chaminade, todavía ecónomo del colegio de San Carlos de Mussidan, en una carta de negocios a M. Pontard, párroco de Sarlat, comentando al final la decisión de no jurar esa Constitución, escribe el 2 de febrero de 1791:

«Puede contar, en este país, con una firmeza digna de los primeros siglos de la Iglesia»⁶.

Y así fue. El P. Chaminade se negó a jurar y tuvo que entrar en la clandestinidad y ejercer un ministerio sacerdotal como en los tiempos de los mártires y de las catacumbas.

Al ir a Zaragoza, el P. Chaminade tenía, pues, una fe muy profunda, forjada en muchas horas de meditación y con un temple adquirido en repetidas opciones muy personales de fidelidad y de audacia. En Zaragoza, reflexionará sobre la urgencia vital para la Iglesia de tener hombres de fe. Sólo ellos pueden ser fieles ante cualquier adversidad o persecución, como en los tiempos de la Iglesia primitiva.

*1.2. Un amor entrañable a María*⁷

Guillermo José, decimocuarto y último hijo, quiso muchísimo a su madre, Catalina Béthon. Una sobrina-biznieta del mismo Padre Chaminade declaraba en el proceso sobre la introducción de la Causa:

«Mis padres me contaron que G. José Chaminade quería muchísimo a su madre y que, cuando era aún muy pequeño, era muy piadoso. Mi madre tenía por costumbre ponérselo como modelo»⁸.

Fue su madre la que hizo surgir en Guillermo José un gran amor a María. En el mismo proceso, declaraba el P. François Hippolyte Hérail:

«He oído contar a menudo que él recibió de su madre una devoción filial a María, tierna y fuerte a la vez, que fue el alma de su piedad, el objeto de su apostolado y el gran medio de ganar almas»⁹.

En sus primeros años de estudio, en Mussidan, le ocurrió un accidente, que es muy conocido. Un día de paseo, jugaba con sus compañeros en una cantera. Uno de éstos, al correr, hizo rodar una gran piedra que hirió de mala manera a Guillermo José en el tobillo. Lo tuvieron que transportar al colegio, donde se le atendió y curó asiduamente. Pero pasaron seis semanas y la herida no curaba; al contrario, empeoraba cada día. Su hermano Juan Bautista le sugirió que recurriera a la Virgen. Inmediatamente los dos hermanos hicieron un voto: ir en peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Verdélais¹⁰, si la Santísima Virgen le obtenía la gracia de la curación. Fue ésta tan rápida que Guillermo José la consideró siempre como milagrosa. Muy poco después, pudo ir con su hermano a Verdélais, para cumplir su voto y agradecer esta gracia a la Santísima Virgen. Todo esto intensificó más su amor a María.

Es muy posible que Guillermo José, cuando estudió teología en Burdeos, se hiciera miembro de la llamada Congregación mariana de Santa Colomba, que agrupaba a jóvenes y estudiantes y se proponía mantener el fervor y el apostolado.

Por otro lado, sabemos que el colegio de Mussidan se distinguía por su devoción a la Virgen. En la pequeña iglesia del colegio había una capilla dedicada a la Inmaculada Concepción, donde parece ser que se reunía una congregación mariana. Los profesores tenían por norma una serie de prácticas en honor de la Virgen. Fue indudable también la influencia de Juan Bautista Chaminade, que había vivido el clima de las congregaciones marianas de los jesuitas y lo supo transmitir al colegio de Mussidan.

Todos estos datos e indicios sobre el joven Guillermo José nos convencen de que, al llegar a Zaragoza, su amor a María era ya entrañable. Allí verá con una luz nueva que María tiene una misión; Ella va a hacer algo ante las necesidades nuevas de la Iglesia. Ella fue modelo de fe, colaboró a la Encarnación, co-

municó confianza en Jesucristo a los siervos de las bodas de Caná, llevó a Él. Estas consideraciones le harán descubrir la riqueza y las posibilidades que entraña la consagración a María.

1.3. Una cierta experiencia misionera

El Padre Chaminade ejerció un ministerio sacerdotal en sus tiempos del colegio de Mussidan. Fue capellán y profesor. Pero en los tiempos de la Revolución, su ministerio empieza a tener características misioneras mucho más pronunciadas¹¹. Las circunstancias tan drásticas del momento cambiaron radicalmente el modo de vida y de acción de los sacerdotes no juramentados. Ya he aludido, al hablar de la fe, al sentimiento de revivir la era de la Iglesia primitiva. En efecto, estos sacerdotes no tenían templos, vivían a escondidas, sin más recursos que los que les ofrecían los cristianos, decían misa sobre una mesa cualquiera y empleaban como cálices vasos de estaño o de cristal. Así vivió y actuó el P. Chaminade.

Los obispos comenzaron a recomendar los métodos misioneros de la Iglesia primitiva y a evocar el tiempo de los Hechos de los Apóstoles. Surge con fuerza la idea de la misión.

Con esta situación empieza a implantarse la figura del sacerdote con sus colaboradores seculares para ejercer el apostolado. Nacen asociaciones piadosas para rezar y hacer penitencia por la conversión de los pecadores. Fue admirable la ayuda de mujeres que iban a las prisiones, circulaban por los tribunales, transmitían avisos de un sitio a otro, llevaban incluso la comunión a las cárceles.

En este contexto histórico hay que situar el ministerio sacerdotal del P. Chaminade durante este tiempo y su continuo esfuerzo en promover la responsabilidad, la formación y la actividad de los seculares en la vida de la Iglesia.

Por el año de 1795 hubo un cierto respiro y los sacerdotes no juramentados pudieron disponer en Burdeos de algunos lugares que transformaron rápidamente en oratorios. Existen huellas de un ministerio sacerdotal del P. Chaminade en este tiempo. Ha-

bitaba en la calle Sainte-Eulalie 44, donde abrió uno de esos oratorios. El administrador de la diócesis de Burdeos se lo asocia como penitenciario, en la delicada tarea de reconciliar a los sacerdotes juramentados arrepentidos. Aparte de esta misión oficial, el P. Chaminade se dedicó mucho a la juventud de ambos sexos. Quizá le movía la intención de formarlos seriamente en la fe, para contrarrestar la enorme influencia de la filosofía paganzante. Conocemos los nombres de algunos de estos jóvenes, sabemos que se consideraban discípulos del P. Chaminade y que, entre ellos, surgieron vocaciones sacerdotales y religiosas, e incluso alguna fundadora de futuras congregaciones religiosas.

Cuando estaba dedicado a estas tareas pastorales, el P. Chaminade se vio perentoriamente obligado a emprender el camino del destierro. Iba, pues, a Zaragoza pertrechado con una cierta experiencia misionera. Allí verá surgir una nueva luz sobre su vocación de formar en la fe a los hombres de su tiempo y descubrirá la fecundidad apostólica del testimonio de un grupo o comunidad de hombres de fe.

1.4. *Un constante interés por la vida religiosa*

Guillermo José Chaminade se sintió inclinado hacia la vida religiosa desde su primera juventud. A la edad de catorce o quince años hizo en Mussidan los votos privados de pobreza, castidad y obediencia. Él mismo explicaba así, al final de su vida, el alcance de esos votos: *le comprometían únicamente con Dios, porque no conocía todavía la Orden en la cual podría entrar*¹². Recordemos que la «Congregación de San Carlos» que dirigía el colegio de Mussidan no era propiamente una congregación religiosa, sino más bien una asociación de sacerdotes.

La interpretación que da de sus votos nos muestra bien el estado de su alma. Por una parte, quería ser religioso; por otra, no conocía ninguna orden religiosa que correspondiera a la vocación que él sentía. Esto mismo nos lo confirma un manuscrito de un religioso marianista, P. Serment, conservado en los Archivos Generales. Se puede fechar en 1857 y lleva el título de *Histoire de la Société de Marie*; en él se dice:

«M. Chaminade, en su juventud, también quiso entrar en una casa religiosa, con la idea de encontrar con ello una gran ayuda para su salvación. Con este fin, visitó varios monasterios, decidido a elegir aquel que fuera más conforme a sus inclinaciones y a sus gustos. Pero, lamentablemente, no encontró en ninguno el hogar que necesitaba su corazón. En todas partes, el espíritu del mundo se oponía al de Jesucristo...»¹³.

Por todo esto, y en espera de nuevas indicaciones de la Providencia, el P. Chaminade se quedó en Mussidan. Entre los alumnos que tuvo, quizá el más famoso fue Bernard Xavier Dariès¹⁴. También éste se quedó como profesor de filosofía en el colegio de 1789 a 1791. Convivió, pues, intensamente con el Padre Chaminade durante algunos años. Posteriormente, Bernard Xavier Dariès tuvo la idea de fundar una congregación religiosa con el nombre de «Compañía de María» y la quiso poner en práctica en España. (Por eso se designa a veces este intento de fundación con el nombre de «Compañía de María de España».) Pero su intento fracasó. Dariès había comunicado su proyecto a varios sacerdotes franceses, emigrados como él en España, entre ellos a Luis Javier Chaminade, hermano del P. Chaminade. Probablemente por medio de este hermano, el plan llegó al mismo P. Chaminade. Y así encontramos entre sus papeles personales el proyecto de Dariès: *En l'honneur de la très immaculée mère de Dieu. Plan de la Société de Marie*.¹⁵ La similitud innegable de algunas ideas de Dariès y Chaminade y la influencia mutua que pudo existir entre ellos plantea ciertos interrogantes. ¿No tendría el P. Chaminade ya en Mussidan una cierta intención de fundar una «Compañía de María», aunque su propósito fuera muy impreciso? Notaré de paso que esta hipótesis explicaría la frase pronunciada por el P. Chaminade, según el testimonio del P. Lalanne, el 1.º de mayo de 1817: *Ha llegado el momento de poner en práctica el designio que estoy buscando desde hace treinta años que me lo inspiró*¹⁶. Como ya he advertido, treinta años antes de 1817 corresponden exactamente a los tiempos de Mussidan.

El P. Chaminade demostró en todos los momentos de su vida una sincera preocupación por promover la vida religiosa en la Iglesia. Es impresionante seguir las relaciones que mantuvo con las diversas congregaciones religiosas¹⁷, ver todo lo que

hizo por la restauración de otras órdenes religiosas en Francia y considerar la cantidad y la calidad de las vocaciones religiosas muy variadas que vio surgir con gozo entre sus discípulos y congregantes.

Precisamente tenemos un precioso testimonio de que el Padre Chaminade buscaba ya organizar algo durante la Revolución. Lo he dejado conscientemente muy impreciso, porque estamos moviéndonos todavía en un terreno de indicios e hipótesis. Entre los jóvenes relacionados con el P. Chaminade en esta época de la Revolución, anterior al destierro, encontramos a Denys Joffre. Este joven, de dieciocho años, que había nacido no muy lejos de Burdeos, aspiraba al sacerdocio. Se trasladó a Burdeos para intentar seguir su vocación, en aquellos tiempos difíciles, poniéndose en contacto secretamente con algún buen sacerdote. Tuvo la dicha de encontrar al P. Chaminade. Escribe así a su padre en 1797:

«He encontrado al sacerdote que buscaba mi corazón. Es un santo. Es mi guía, será mi modelo; pues seré sacerdote; mi resolución es más inquebrantable que nunca. No lo seré todo lo pronto que quisiera; los tiempos son difíciles. Continúo trabajando todos los días; no puedo ver al santo, más que por las tardes, y no todas las tardes. Pero me asegura que muy pronto me guardará con él día y noche y que yo seré su primer discípulo. Ésa es su esperanza y ésa es también la mía»¹⁸.

Hechos como éste impulsaron al P. Simler a considerar el primer origen de la Compañía de María en esta época¹⁹; lo consideraba ya como un ensayo de la fundación, siempre con la idea fija de que todo lo que precedió fue una preparación para la misma. Sin embargo, es muy difícil determinar con precisión lo que estaba proyectando aquí el P. Chaminade. Por otra parte, la historia se encargará de demostrar que el P. Chaminade realizó otras cosas con discípulos jóvenes, antes de fundar la Compañía de María.

Lo cierto es que el destierro cortó en seco lo que estaba proyectando. Pero Denys Joffre fue efectivamente un sacerdote ejemplar y consideró siempre al P. Chaminade como un santo, tal y como lo había llamado en esta carta a su padre.

Al llegar a Zaragoza, el P. Chaminade intensificó aún más su amor a la vida religiosa. Parece ser que se relacionó con todas las congregaciones que tenían casa en Zaragoza o en la región circundante, y en especial con la Trapa de Santa Susana, recientemente establecida en Maella (Zaragoza). Probablemente pasó incluso algún tiempo en ella. Muchos años después lo recordaba incidentalmente el P. Caillet en una carta a M. Clouzet de 14 de febrero de 1836:

«El abad del Monasterio de la Trapa de Santa Susana, en España, donde el Buen Padre y M. Bouet estuvieron hace tiempo, ha llegado a Burdeos, con cuatro de sus religiosos, no sacerdotes...»²⁰.

En España, intuirá el P. Chaminade la fuerza y la continuidad que puede tener una congregación religiosa en un plan de recristianización de Francia. Pero había que encontrar formas nuevas de vida religiosa, que se ajustaran a su proyecto y a las nuevas necesidades de la Iglesia.

2. *Proyectos misioneros entre los obispos y sacerdotes franceses emigrados*

Me parece que no se ha puesto suficientemente de manifiesto la conexión que necesariamente hubo entre la evolución espiritual y apostólica del P. Chaminade durante los años de su destierro y lo que se vivía entre los sacerdotes y obispos franceses refugiados en España, y concretamente entre los que estaban en Zaragoza. Es imprescindible conocer el ambiente que se respiraba en Zaragoza entre el clero francés, las orientaciones que recibían de sus obispos y lo que soñaban y planeaban llevar a cabo después de su vuelta a Francia. Nunca hay que olvidar que el Padre Chaminade fue uno de ellos.

Es también muy interesante extractar y destacar algunos párrafos de los manuales de misionero que se prepararon en esas

fechas, ante la nueva situación pastoral surgida en Francia. Revelan inquietudes que estaban muy presentes entre los apóstoles que se preparaban para una nueva etapa de la historia de la salvación en Francia.

Una iniciativa que pudo tener incalculables repercusiones en la evolución pastoral del P. Chaminade fue la reorganización de la diócesis de Tarbes en misiones. Precisamente se dirigió desde Zaragoza y estamos seguros de que el P. Chaminade la conoció y pudo constatar sus frutos.

Finalmente, el estudio de esta serie de datos me llevará a algunas conclusiones.

Éstos serán, pues, los apartados de esta sección:

- 2.1. Ambiente de la comunidad de sacerdotes franceses en Zaragoza: sus contactos y reuniones.
- 2.2. Manuales de misionero que se prepararon durante esta época.
- 2.3. La reorganización de la diócesis de Tarbes en misiones y sus frutos.
- 2.4. Conclusiones.

2.1. Ambiente de la comunidad de sacerdotes franceses en Zaragoza: sus contactos y reuniones

Es indudable que el P. Chaminade estuvo en contacto con otros sacerdotes y obispos franceses emigrados. Podemos conocer algo del ambiente que se respiraba entre el clero francés refugiado en Zaragoza cuando llegó el P. Chaminade. Parece ser que, particularmente en Zaragoza, formaban una verdadera comunidad eclesial. Según el recuerdo personal de M. Besse, uno de los sacerdotes refugiados en Zaragoza, los sacerdotes franceses emigrados allí

«no saben más que vivir juntos, en medio de su aislamiento; sus alegrías y sus tristezas, sus recursos o su penuria, todo lo tienen en común: una carta, una noticia de Francia les aflige o les con-